

NATIONAL UNIVERSITY OF IRELAND, GALWAY
 OLLSCOIL NA hÉIREANN, GAILLIMH
 SEMESTER II EXAMINATIONS, 2004-2005

FINAL ARTS SPANISH

SH301: Spanish Language III: PAPER I

SH334.II: Spanish for Visiting Students III.

Unit Value: 10

Dr. S. Black
 Professor D. Bradley

Time allowed: three hours.

Answer both questions.

Translate the following passages into English:

1. A mí el trabajar a la fuerza no me fortaleció el ánimo ni me acostumbró a nada, sino que, al contrario, el experimentar a diario las molestias de un trabajo que juzgaba absurdo e inútil, me hizo repudiarlo aún más, por la violencia de tener que aceptarlo, en cuya aceptación me era imposible ver beneficio ninguno.

Los demás eran capaces de soportar con total resignación su suerte mucho peor que la mía. Pero esto no me hacía renegar de mi condición de hombre blando para el trabajo, sino que me afianzaba en ella y compadecía a los otros, que no experimentaban aquella sensación perenne de estar engranados en una rueda inútil. Era una sensación de náusea, algo desde luego muy desagradable, pero me ayudaba a saberme vivo entre los muertos.

A oscuras, cuando todos dormían, con los ojos abiertos al alto techo del cuartel, fomentaba rabiosamente mis insomnios debatiéndome en solitarias consideraciones. Una de las cosas que llevaba peor era la de estar seguro que al día siguiente, aunque se hundiera el mundo, habría que levantarse al toque de diana, sin que la razón de aquel madrugón fuera ninguna, excepto la de que estuviera reglamentado así.

—Pero ya se sabe que la *mili* es eso —me contestaban los otros, muy extrañados de que protestara—. ¿De dónde caes? ¿Es que no sabías que se madruga?

—Sí. Pero, ¿y qué con que lo supiera?

—Pues que te podías haber hecho a la idea; cuando te haces a la idea de una cosa, ya tan campante.

A no ser por las bromas y conversaciones a que se entregaban brevemente llegada la noche, antes de sumirse en el sueño que borraba otro día de sus mentes, nadie habría podido pensar que no eran máquinas tragaperras de la obediencia en lugar de seres con voluntad propia.

Pero, dado que en sus bromas y conversaciones tampoco era capaz de sentirme incluido, aquellos ratos nocturnos que precedían al sueño en el gran dormitorio de cuartel llegaron a serme insoportables. Odiaba el sueño común como una epidemia, lo materializaba incluso en la figura de un alud que veía desprenderse y bajar rodando a sepultarnos, sin que nadie aventurase un alerta desesperado.

2. Callaron todos. Fue un breve silencio embarazoso en el transcurso del cual los tres hombres bascularon el peso de su cuerpo de un pie a otro. El agente escritor guardó su cuadernillo y carraspeó:

– Ejem, pues bueno, si a usted no le importa le ruego que nos acompañe ahora a comisaría. Hay que firmar los papeles, recoger las pertenencias del muerto, todo eso.

– Sí, sí, claro, cómo no.

Menéndez sacó un pañuelo de dudosa blancura y se sonó estruendosamente.

– Cuando ustedes gusten. Bella, por favor, ten las llaves y vete abriendo.

Bella les contempló alejarse, acera abajo, hasta que doblaron la esquina y la calle quedó desierta. El edificio que hacía chafalán estaba rematado por una mujer semidesnuda tallada en piedra: era la primera vez que Bella se fijaba en su existencia, pese a haberla tenido de vecina durante años. Ahora descubría el vuelo petrificado de la túnica, sus gruesas carnes de granito. Toda la calle parecía distinta, repentinamente llena de detalles que antes jamás había advertido: la pintura descascarillada y azul de la fachada de la panadería, los caprichosos hierros forjados del balcón de enfrente, los cristales esmerilados del portal de al lado. Permanecía así Bella, sola, plantada en mitad de la tarde, descubriendo menudencias, sumida en un extraño estado de estupor. De la conversación con los agentes recordaba pequeños detalles anecdóticos (el rubor de Menéndez, o el corte que mostraba la mejilla de un policía, causado sin duda por un afeitado presuroso, o el chirrido del lápiz roto sobre el cuadernillo) como si tales nimiedades hubieran constituido la sustancia del encuentro.

Pero por debajo de todo esto –en el forro de sí misma, al final de su conciencia– soplaba un polvoriento vendaval en el que revoloteaban y entrechocaban las imágenes: el Poco sonriendo con su diente de oro; Vanessa de perfil, desplazándose eternamente en el recuerdo desde ningún sitio a ningún lado; de nuevo el Poco, aún riendo pero con el cuello sangrante y degollado; las palmeras de la escenografía cubana abatidas por el furor del huracán; un tren entrando en un túnel, negrura atronadora amenazante; un grifo –el grifo roto de su casa– goteando, chop, chop, chop, en una penumbra interminable.

Rosa Montero *Te trataré como a una reina* (1983)

Chafalán: *esquina*